

# Eje 4 - La infancia hoy, los autistas, los cuerpos y más allá

## Contribuciones para el debate

Escriben Adela Fryd y Cristina Drummond

*Amo. ¿Verbo o sustantivo? Un niño amo. ¿Qué niño? ¿El que fue?, ¿el que es?, ¿el que será? Adela Fryd nos plantea que si se ama demasiado al niño que se fue, este sigue siendo, por lo que el niño presente queda sin lugar. Sin amor al presente, el dominio se impone con una de sus figuras funestas: el niño amo. Amos esclavizados a la satisfacción de un Otro caprichoso. Nuestra época a menudo hace de "his majesty the baby" un sueño que puede terminar en pesadilla.*

*Las dificultades para hacer lugar a un niño también son centrales en el texto que nos presenta Cristina Drummond. Ella explora las perturbaciones posibles en el cuerpo del niño habitado por un goce no fálico.*

*Ambos textos exponen, además, lo que la experiencia indica que se puede obtener del análisis en estos casos.*

*Un boletín que aborda un tema que tiene un lugar central en el ENAPOL y que introduce uno de los ejes de trabajo a presentarse en la noche del 8 de agosto en la EOL.*

*¡Hasta la próxima!*

## Los Niños Amos

Adela Fryd - EOL Bs. As.

En la práctica clínica es frecuente encontrarnos con "niños amos": niños que son más amos que sus padres y que se ubican con una paridad asombrosa frente a cualquier adulto. Desde los dos o tres años parecen no responder a nadie, quieren ser reconocidos por el Otro y por los otros que los rodean, creen poseer una autonomía y comandar su elección de ser, funcionando como niños "solos" que hacen lo que quieren. Podríamos decir que se impone el "tomame como soy, porque yo soy así".

Estos niños caprichosos, desanudados de la racionalización, muestran que el "yo quiero" es anterior al "yo pienso". Son niños que, al parecer, no han sido bautizados por el significante amo. Algo faltó



en esa captura y por ello aparece el capricho, que no es nada más que la eficacia del capricho materno sin la mediación del Padre.

En este punto, lo que se impone es el gozar. El gozar narcisista, que no cede, es autónomo, independiente de la disposición del Otro; lo que los hace impermeables a él y a la enseñanza.

Los niños a los que creen ser artesanos de su propio destino pero no saben cuán comandados están por no reconocer las marcas del Otro. El capricho, que creen suyo, no les pertenece.

Son niños ariscos a los significantes que se le ofrecen en el campo del Otro, donde los ubicamos en posición de objeto. Y frente a la interpelación del Otro y a su deseo responden, principalmente, con el cuerpo. Pueden ir desde la abulia hasta la hiperactividad, pasando por el desgano y todas las variantes posibles de hacerse objeto para el Otro [1]. A veces estos niños están identificados con la fantasmática del Otro materno. Al no haber falta, al no haber pregunta, se responde con el yo, con la impulsión o con el falo imaginario.

Podríamos pensarlos como pensamos la neurosis narcisista: se apoderan de un significante del Otro y con ese significante se separan de él, quedando su yo ligado a ese goce pulsional.

Ellos están, de alguna forma, investidos de un significante que toma un carácter muy superyoico, lo que a veces se transforma en su destino. Actúan y son percibidos como jugando en la cornisa. Los padres quedan en la posición de testigos de sus excesos, de esta lucha infinita para separarse del Otro. Sin la falta de éste, no surge la pregunta sobre el enigma de su deseo.

Algo se complicó en la alienación y en la separación porque siguen alienados al deseo materno o, más propiamente, a la lengua materna. Y falta una intermediación paterna de estos padres narcisistas, infantiles, que dejan al niño del lado materno. Según Freud, estos niños se reivindican como una excepción, con el derecho a ser una excepción.

Pero esto no es lo que hizo Narciso. Enamorado de sí mismo, armó la sombra, el amor a sí mismo. Sin saberse víctima de su mirada, quedó encerrado en él: "soy único", "soy yo", "soy...". Este pasaje de los niños a los que está, en todo caso, unido a la lengua materna, y fascinados por esa mirada que creen pueda llegar a ser su propia mirada.

Pero vemos que no se constituye en una verdadera idea narcisista y que es allí donde Freud lo nombra como un nuevo acto psíquico. Estos niños, si bien no son autistas, quedan muy pegados a un goce narcisista, a un plus de goce cercano al autoerotismo que produce un cortocircuito para disponerse al Otro.

El sujeto busca algo que lo represente, un ser que no tiene. Para ello pasa por el Otro. Si se queda solo con su propio goce, se queda con su ser y tiene sólo el goce de sí; si se enlaza al significante pierde su ser y tiene un sentido que le viene del Otro para acomodarse a él, al control de esfínteres por amor al Otro. Este amor es la operación que está en la base de la humanización de la entrada en la cultura y es

algo que siempre implica una pérdida. Es un amor que los psicoanalistas llamamos "amor de transferencia". Si cede un poco de su propio goce al Otro, podrá engancharse y hacer algo con aquello que le surja como exceso.

Por tratarse de niños que monologan, los niños amos sólo escuchan al Otro si este dice lo que ellos saben. J.-A. Miller sugiere que deberíamos pensar en una clínica del despertar en la pesadilla, de que algo se imponga porque no estaba dentro de ninguno de los significantes del sujeto. Si la pesadilla despierta, es porque algo se impone y un significante que resuena en el cuerpo rompe la homeostasis. El sujeto se ve sorprendido por algo que no esperaba y esto puede generar una herida narcisista.

En la "Conferencia de Ginebra", J. Lacan nos dice que el hombre piensa con ayuda de las palabras, y en el encuentro entre esas palabras y su cuerpo se esboza la instilación del lenguaje presente en estos niños. Pero habiendo tenido un encuentro muy especular, no será sino el dispositivo analítico el que dará una nueva oportunidad a la palabra. De este modo, el momento del encuentro con el Otro puede ser un acontecimiento del cuerpo.

1. Berenger, E., *Psicoanálisis: enseñanzas, orientaciones y debates*, Editorial Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Guayaquil, 2008.

## No hay dieta para la pulsión de muerte

### Cristina Drummond - EBP MG

Después de tomar el cuerpo como especular y como mortificado por el significante, Lacan formula que la conexión del goce con el significante está ligada al cuerpo. A diferencia de Freud que situaba lo traumático en la seducción, en la pérdida del amor, en la amenaza de castración, en el Edipo, en la visión de la escena originaria, Lacan afirma que hay un encuentro traumático y contingente con la lengua y que ese incidente tiene efectos sobre el cuerpo del ser hablante.

La formulación del síntoma como acontecimiento del cuerpo surge a partir de Joyce, porque implica un sujeto desabonado del inconsciente y una noción de inconsciente real. Para Joyce el ego hace suplencia a la idea de sí como cuerpo, un narcisismo del ego sustituye el narcisismo del cuerpo. Así, el síntoma no está en el cuerpo, ya que nadie es un cuerpo. Lacan escribe una barra entre S1 y S2 para indicar la existencia de una desconexión que elimina el efecto de sentido y produce el Uno como residuo.

Lacan se basa en el ejemplo de Hans y de Mishima para decir que el goce fálico es hétero, viene de fuera del cuerpo, "roba la escena" perturbando y poniendo a trabajar al sujeto. La fobia de Hans es su intento de localizar y dar sentido a ese goce. El tratamiento incesante que hace Mishima de la escritura y



de las prácticas corporales busca unir las palabras a su cuerpo, y sabemos que, al final, la pulsión de muerte reina para él.

Mishima desde pequeño sufría graves manifestaciones alérgicas y, con frecuencia, presentaba señales de autointoxicación que hacían que su familia pensara que se iba a morir. "Las personas contemplaban mi cadáver", escribe.

Algunos analizantes relatan que sufren perturbaciones en el cuerpo, que datan desde antes de hablar. Hay un goce no fálico en sus cuerpos. Para ilustrarlo podemos mencionar los siguientes ejemplos: fobia a la sangre unida a una transfusión sufrida en el momento del nacimiento; sentimiento de envenenamiento por la leche materna; eczema que no permite que el bebe sea tocado; anorexia en los primeros meses de vida; cuerpo desconectado y mal sostenido por el esqueleto, por el efecto de haber permanecido en una incubadora. En las otitis repetidas desde los primeros días de vida, podemos ver claramente la relación con la palabra como sonido.

Un síntoma que me parece que ilumina esa relación del sujeto con su cuerpo es el de las dificultades alimenticias durante la infancia. No son síntomas histéricos, ya que datan de una ausencia de investimiento en la imagen del cuerpo como condensadora de goce para el sujeto. Tampoco me refiero a los rechazos alimenticios que encontramos en niños muy pequeños para hacerse cuidar por el Otro. No se trata aquí de anorexia, sino de un rechazo a ingerir ciertos alimentos. Son síntomas que han sido tratados con dietas y medicación.

Sin embargo, los niños nos enseñan que están insertos en historias de luto, de muerte, de impases en la subjetividad materna para acoger un niño. No hay dieta para la pulsión de muerte. El análisis pone en evidencia un trabajo de extracción de algo mortífero del cuerpo y la construcción de ficciones que organizan esas experiencias correlacionándolas con síntomas posteriores que se presentan mejor para ser descifrados.

Comentando el relato de Sonia Chiriaco en Tel Aviv, Eric Laurent habla sobre el encuentro que ella tuvo con la muerte durante sus primeros días de vida. Ese encuentro, dice él, no puede ser considerado como trauma, como real, porque el sujeto no tiene recuerdo de lo que pasó. Dice Laurent que el trauma de la lengua es el que nos hace tener acceso a la vía del trauma.

Traducción: Laura Arias

En la página web del VI ENAPOL: <http://www.enapol.com> podrán encontrar los Boletines anteriores: <http://www.enapol.com/es/template.php?file=Boletines.html>

---

# Eixo 4 - A infância hoje, os autistas, os corpos e mais além

## Contribuições para o debate

### Escrevem Adela Fryd y Cristina Drummond

*Mestre [1]. Palavra ou substantivo? Uma criança mestre. Que criança? Aquela que foi? Aquela que é? Aquela que será? Adela Fryd coloca que se você ama demasiado a criança que se foi, esta segue presente, pois a criança foi deixada sem um lugar. Sem amor para ela, o domínio se impõe como uma de suas figuras terríveis: a criança mestre. Mestres escravizados à satisfação de um Outro caprichoso. Nossa época, muitas vezes, faz de "sua majestade o bebê" um sonho que pode terminar em pesadelo.*

*As dificuldades para dar lugar a uma criança também são centrais no texto que apresenta Cristina Drummond. Ela explora as perturbações possíveis no corpo de uma criança habitada por um gozo não fálico.*

*Ambos os textos expõem, além disso, o que a experiência indica que se pode obter da análise nestes casos.*

*Um boletim que aborda um tema que tem um lugar central para o ENAPOL e que introduz um dos eixos de trabalho a ser apresentado na noite de 8 de agosto na EOL.*

*Até a próxima!*

1. Em espanhol, a palavra Mestre se diz Amo. O texto faz um jogo de palavras entre amo como mestre, e amo como o verbo amar (N.T.)

## As Crianças Mestres

### Adela Fryd - EOL Bs. As.

Na prática clínica é comum encontrarmos com crianças "mestres": crianças que são mais mestres que seus pais e que se colocam em pé de igualdade surpreendente contra qualquer adulto. Desde os dois ou três anos parecem não responder a ninguém, querem ser reconhecidos pelos outros ao seu redor, acreditando que eles têm autonomia e comandam suas escolhas, funcionando como crianças



"independentes" que fazem o que querem. Poderíamos dizer que se impõem desta forma: "Me aceite como eu sou, pois eu sou assim."

Estes filhos rebeldes, destituídos de racionalização, mostram que o "eu quero" é anterior ao que "eu penso". São crianças que, aparentemente, não foram batizadas pelo significante mestre. Algo faltou nessa captura e por isso aparece o capricho, que nada mais é do que a eficácia do capricho da mãe, sem a mediação do Pai.

Neste ponto, o que se impõe é o gozar. O gozo narcísico, que não cede, é autônomo, independente da disposição do Outro; tornando-os imunes a ele e ao ensino.

As crianças mestres acreditam que são artesãs do seu próprio destino, mas não sabem como são comandadas por não reconhecer as marcas do Outro. O capricho, que acreditam que são seus, não lhes pertence.

São crianças hostis aos significantes que se oferecem no campo do Outro, onde são colocadas em posição de objeto. E frente à interpelação do Outro e a seu desejo respondem, principalmente, com o corpo. Elas podem variar da apatia a hiperatividade, passando pela relutância e todas as variantes possíveis de fazer-se objeto para o Outro. [1] Às vezes, essas crianças estão identificadas com a fantasmática do Outro materno. Sem falta, não tendo pergunta, responde-se com o eu, com o impulso ou com o falo imaginarizado.

Poderíamos considerá-los como na neurose narcisista: apoderam-se de um significante do Outro e com esse significante se separam dele, deixando seu eu ligado ao gozo pulsional.

Eles estão, de alguma forma, investidos de um significante que tem um caráter muito superegótico, que às vezes se torna o seu destino. Atuam e são percebidos como estando no limite. Os pais estão em uma posição de testemunhar seus excessos, desta luta infinita para separar-se do Outro. Sem a falta deste, não surge a pergunta sobre o enigma de seu desejo.

Algo se complicou na alienação e separação porque seguem alienados ao desejo materno ou, mais propriamente, à língua materna. E falta uma intermediação paterna desses pais narcisistas, infantis, que deixam a criança do lado materno. Segundo Freud, essas crianças reivindicam-se como uma exceção, com o direito de ser uma exceção.

Porém isto não é o que fez Narciso. Apaixonado por si mesmo, amou sua sombra, o amor a si mesmo. Sem saber que a vítima de seu olhar estava trancada sobre ele: "sou único", "sou eu", "sou"... Esta passagem das crianças mestres está, em todo caso, unida a língua materna, e fascinadas por esse olhar que elas acreditam que pode se tornar o seu próprio olhar.

Mas vemos que não se constitui em uma verdadeira ideia narcisista e é aí que Freud nomeou como um novo ato psíquico. Essas crianças, embora não sejam autistas, são muito apegadas a um gozo narcísico,

a um mais de gozar próximo de um autoerotismo que produz um curto-circuito para desprender-se do Outro.

O sujeito busca algo que o represente, um ser que não tem. Para isso passa pelo Outro. Se for deixado sozinho com o seu próprio gozo, fica com o seu ser e tem somente o gozo de si mesmo; se se enlaça ao significante perde seu ser e tem um sentido que vem do Outro para acomodar-se a ele, ao controle dos esfíncteres pelo amor ao Outro.

Este amor é a operação que está na base da humanização da entrada na cultura e é algo que sempre implica uma perda. É um amor que os psicanalistas chamam de "amor de transferência". Se ceder um pouco de seu próprio gozo ao Outro, poderá engancha-se e fazer algo com o que surge como excesso.

Por se tratar de crianças que monologam, as crianças mestres só escutam ao Outro se ele diz o que eles sabem. J.-A. Miller sugere que deveríamos pensar em uma clínica do despertar do pesadelo, de que algo se imponha pois não estava dentro de nenhum dos significantes do sujeito. Se do pesadelo se desperta, é porque algo se impõe e um significante que ressoa no corpo rompe a homeostase. O sujeito se vê surpreendido por algo inesperado e isso pode gerar uma ferida narcísica.

Na "Conferência de Genebra", J. Lacan nos diz que o homem pensa com a ajuda das palavras, e no encontro entre essas palavras e seu corpo se esboça a instilação da linguagem presente nessas crianças. Mas por ter tido um encontro muito especular, não será senão o dispositivo analítico que dará uma nova oportunidade com a palavra. Assim, o momento do encontro com o Outro pode ser um acontecimento de corpo.

Tradução: Eduardo Benedicto

1. Berenger, E., *Psicoanálisis: enseñanzas, orientaciones y debates*, Editorial Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Guayaquil, 2008.

## Não há dieta para a pulsão de morte Cristina Drummond - EBP MG

Depois de tomar o corpo como especular e como mortificado pelo significante, Lacan formula que a conexão do gozo e do significante está ligada ao corpo. Diferentemente de Freud que situava o traumático na sedução, na perda de amor, na ameaça de castração, no Édipo, na visão da cena primária, para Lacan há um encontro traumático e contingente com a língua e esse acidente tem efeitos sobre o corpo do falasser.

A formulação do sintoma como acontecimento de corpo ocorre a partir de Joyce porque ela implica um sujeito desabonado do



inconsciente e uma noção de inconsciente real. Para Joyce o ego fez suplência à ideia de si como corpo, um narcisismo do ego substituiu o narcisismo do corpo. Assim, o sintoma não está no corpo, já que ninguém é um corpo. Lacan escreve uma barra entre S1 e S2 indicando uma desconexão que abole o efeito de sentido e produz o Um como resíduo.

Lacan toma o exemplo de Hans e o de Mishima para dizer que o gozo fálico é hetero, vem de fora do corpo, "rouba a cena" perturbando e colocando o sujeito a trabalho. A fobia de Hans é sua tentativa de localizar e dar sentido a esse gozo. O tratamento incessante de Mishima pela escrita e pelas práticas corporais busca ligar as palavras ao seu corpo, e sabemos que ao final a pulsão de morte reina para ele.

Mishima desde pequeno sofria graves manifestações alérgicas apresentando frequentemente sinais de autointoxicação que faziam sua família achar que ele iria morrer. "As pessoas contemplavam o meu cadáver", escreve.

Alguns analisantes relatam que sofrem perturbações em seu corpo que datam de antes mesmo da fala. Há um gozo não fálico em seus corpos. São exemplos disso uma fobia de sangue ligada a uma transfusão sofrida no nascimento, um sentimento de envenenamento pelo leite materno, um eczema que não permite que o bebê seja tocado, uma anorexia nos primeiros meses de vida, um corpo desconectado e mal sustentado pelo esqueleto entendido como efeito de ter permanecido numa incubadora. Nas otites repetidas desde os primeiros dias de vida podemos ver mais claramente a relação com a palavra como som.

Um sintoma que me parece lançar luz a essa relação do sujeito com seu corpo é o das dificuldades alimentares na infância. Não são sintomas histéricos, pois datam de uma ausência de investimento na imagem do corpo como condensadora de gozo para o sujeito. Também não me refiro às recusas alimentares que encontramos nas crianças muito pequenas para se fazerem cuidar pelo Outro. Não se trata aqui de anorexia, mas de uma recusa de ingerir certos alimentos. São sintomas que têm sido tratados por dietas e medicações.

Entretanto, as crianças nos ensinam que eles estão inseridos em histórias de luto, de doença, de morte, de impasses na subjetividade materna para a-colher uma criança. Não há dieta para a pulsão de morte. A análise evidencia um trabalho de extração de algo mortífero do corpo e a construção de ficções que organizam essas experiências correlacionando-as a sintomas posteriores que se prestam melhor à decifração.

Comentando o relato de Sonia Chiriaco em Tel Aviv, Eric Laurent fala do encontro com a morte nos primeiros dias de vida para ela. E isso, diz ele, não pode ser encontrado como trauma, como real, porque o sujeito não tem lembrança do que se passou. Ele diz que é o trauma da língua que nos faz ter acesso à via propriamente do trauma.